

LAS MORALES DEL TRABAJO

Eduardo Crespo

A lo largo de la historia probablemente no haya habido actividad más moralizada que el trabajo, tal vez incluso más que el propio sexo, que suele ser el centro favorito de interés para todos los moralistas. La historia del trabajo es, en cierto modo, una historia de la antropología moral, en la que la actividad del trabajo va siendo definida en virtud de las distintas concepciones de sujeto humano que caracterizan las diferentes culturas y los distintos momentos históricos. Aquí abordaré las morales del trabajo desde un punto de vista muy específico, el psicosocial. Para ello, comenzaré por caracterizar lo que en mi opinión es una perspectiva psicosocial, que parte de considerar la subjetividad como interacción social y la moral como proceso discursivo y dialógico. Un aspecto importante de este enfoque lo constituyen aquellas convicciones y esquemas interpretativos que toman el carácter de evidencias dadas por descontado. En este sentido, se señala en un siguiente apartado, que una fuente importante de producción de obviedades morales sobre el trabajo lo constituyen, hoy en día, los discursos de las políticas sociales, que se remiten, con frecuencia, a la autoridad que les proporcionan las ciencias sociales; este es el caso de algunas políticas, como las políticas de la activación, que actúan como auténticos promotores de actitudes morales hacia el trabajo. Finalmente, haré referencia al discurso moral sobre el trabajo en la vida cotidiana, tal como es producido por los propios sujetos, proponiendo algunos esquemas de interpretación, sustentando el análisis en los datos, fundamentalmente cualitativos, obtenidos en diferentes investigaciones¹.

El discurso moral sobre el trabajo ocupa un lugar de especial relevancia en el desarrollo del capitalismo; así lo pusieron claramente de manifiesto tanto Marx como Weber, y más cercanamente Bolstanski y Chiapello (1999), entre otros muchos. A mi entender esto es especialmente cierto en nuestros días ya que un aspecto importante de lo que se ha denominado nueva economía y nuevo capitalismo tiene un formato explícitamente moral, en el que la producción social de sujetos dóciles y adaptados a las nuevas exigencias de la producción pasa por un proceso explícito de trabajo moral. Una característica central de este trabajo moral va en la dirección de un progresivo desplazamiento del lugar de la responsabilidad desde las instituciones hacia los sujetos individuales. Esta es una posición compartida, aun con matices diferentes, por los principales analistas de nuestra sociedad. Bauman –recogiendo, a su vez, una conocida definición de Beck–, expresa de forma sintética, y adecuada a mi entender, esta nueva situación:

¹ La investigación en estos temas la inicié con el proyecto CICYT sobre “El significado del trabajo”, coordinado por J.R. Torregrosa y, posteriormente, con los proyectos “El significado del trabajo y de la ciudadanía social en los jóvenes estudiantes de enseñanza secundaria” MEC (BOE 23/10/97), “Condición salarial y ciudadanía social: la producción discursiva de los vínculos sociales en la transición socioprofesional de los jóvenes” DGES (PB96-0578/96); “Significado del trabajo y nuevas demandas morales: el caso de los trabajadores de edad intermedia en la emergente sociedad del conocimiento” UCM (PR3/04-12391) y “Discursos sobre el trabajo y nuevas demandas morales en la emergente sociedad del conocimiento.” (SEJ2004-02044/SOC), de los que soy coordinador.

“a uno, por una parte, le hacen responsable de sí mismo, pero por otra ‘depende de unas condiciones que escapan constantemente a su aprehensión’ (y en la mayoría de los casos también a su conocimiento); en dichas condiciones, ‘la manera en que uno vive se convierte en la *solución biográfica de las contradicciones sistémicas*.’ El apartar la culpa de las instituciones y ponerla en la inadecuación del yo ayuda o bien a desactivar la ira potencialmente perturbadora o bien a refundirla en las pasiones de la autocensura y el desprecio de uno mismo o incluso a recanalizarla hacia la violencia y la tortura contra el propio cuerpo” (Bauman 2001 p.16)

Esta nueva moralidad ya no se fundamenta en relatos religiosos, como ha sido el caso a lo largo de la historia. La nueva fuente de discursos morales son, en gran medida, las ciencias sociales que sustituyen con su autoridad, ampliamente reconocida en nuestras sociedades, la autoridad anteriormente atribuida a lo divino. Tal discurso moral ha adoptado un nuevo estilo, de corte individualista, articulándose en una nueva ética e ideología de la inversión en uno mismo, que está fuertemente marcada por la omnipresencia de un discurso psicológico (Bolstanski y Chiapello, 1999; Chiapello y Fairclough, 2002, Virno 2003) .

El nuevo capitalismo se caracteriza, además, por la consideración de los recursos psicológicos y morales de los trabajadores como elemento clave de la fuerza de trabajo, conceptualizada como recurso humano. No es tanto un discurso legitimatorio que pueda rastrearse, con sus distintas modalidades, en distintas épocas, sino más bien de una característica propia del discurso contemporáneo sobre el trabajo. Ya no se trata sólo de moralizar el trabajo sino de poner a trabajar a la moral. Características de corte moral tales como las actitudes, la motivación, las habilidades sociales y los recursos emocionales no son sólo consideradas como requisitos previos para trabajar sino como parte del contenido mismo del trabajo, son elementos de la propia cualificación laboral, tan importantes a veces como la cualificación técnica y, en ocasiones, como ocurre con el trabajo emocional (Hochschild 1983, Raz, 2002, Garrety *et al.* 2003), se convierten, justamente en la principal cualificación requerida. En esta nueva configuración de la fuerza de trabajo está jugando un papel importante cierta psicología del trabajo y las organizaciones que se presenta como garante de eficacia científica (Rose, 1990, 1996, Newton, 1998, 1999), así como una economía que, bajo una retórica formalista y naturalista, recurre de modo sistemático y acrítico a conceptos psicológicos tales como la confianza o el miedo.

Ambas facetas del discurso moral sobre el trabajo se caracterizarían por lo que, en otros momentos, hemos denominado una psicologización política del trabajo. Este proceso consiste básicamente en una transformación de los problemas sociales en problemas personales, a través de un disciplinamiento discursivo avalado por una retórica psicologista. En este proceso, un cierto tipo de discurso social, que se presenta con la autoridad incuestionable del saber científico, se ha constituido en un soporte básico en la producción de subjetividades propias del neocapitalismo y neoconservadurismo.

En qué sentido hablamos de morales del trabajo: un punto de vista psicosocial

Entender el trabajo en términos morales implica plantearlo en términos normativos y subjetivos. El enfoque adoptado en nuestra investigación para estudiar las morales del trabajo, desde un punto de vista psicosocial, corresponde al que Rom Harré (1999) ha caracterizado como propio de la segunda revolución cognitiva en psicología y que tiene como anclajes la psicología de Vygotski, la semiología de Bajtín y la psicología social de G.H. Mead, y que se desarrolla en los últimos años bajo el ambiguo y conflictivo término de psicología discursiva o, en otros casos, psicología social crítica (Billig, 1987, Shotter, 1993, Ibáñez e Iñiguez, 1997, Harré, 1999). La característica principal de este enfoque –crítico o discursivo- es la consideración de los procesos cognitivos como procesos sociales (Crespo 1995, 2001).

El estudio de la moral y las morales en psicología ha estado muy vinculado a una psicología del desarrollo, que lleva aparejado un concepto de sujeto individual e individualizado –herencia del sujeto autónomo kantiano- y un concepto mentalista de cognición normativa –conciencia del deber-, coherente con ese modelo de sujeto. La sociologización progresiva de ese concepto de sujeto humano y de la epistemología consecuente –que ya inició Durkheim, sustituyendo el sujeto trascendental por la sociedad-, ha llevado en tiempos más recientes a retomar una idea de la moral como proceso dialógico (Tappan, 1997, 1999, 2005). Entender el pensamiento y la moral cotidianas como prácticas argumentativas y discursivas nos permite entender la inconsistencia e incongruencia propias del discurso cotidiano no como un déficit de la inteligencia o la moral, sino como algo perfectamente habitual en el discurso.

El concepto de dialogía está directamente vinculado a la semiología bajtiniana. Frente al estructuralismo saussureano –y por extensión a los estructuralismos posteriores- que centran su interés en la estructura y desdeñan la práctica, Bajtín es consciente de que el lenguaje sólo existe como práctica. Esa práctica no es meramente expresión de una estructura subyacente sino ejercicio de una acción cooperativa, cuyo prototipo es la conversación y el diálogo². Para Bajtín, así como para Voloshinov (1992), la autoría del propio discurso, de la propia voz, es siempre función de uno mismo y de los demás, de las otras voces. En palabras de Bajtín (1986) “Nuestra habla ...está llena de las palabras de otros” (p.89). Tal como señala Tappan (1999), quien sigue en esto a Bajtín, un hablante es siempre en uno u otro grado un ideólogo y por ello “para entender la formación de la ideología propia de un sujeto (y por tanto de su identidad), debemos considerar el proceso por el cual se apropia y asimila las palabras, el lenguaje y las formas de discurso de los otros al construir su propia perspectiva ideológica del mundo” (p.120)

Dialogía y autoritarismo

Si el discurso –y el discurso moral- es inherentemente polifónico, la presencia, sin embargo, de las otras voces, puede tener un peso diferente. Para Bajtín el discurso plenamente humano es dialógico, se constituye como un diálogo interiorizado o personalizado; es, por tanto, un discurso y pensamiento abierto. Sin embargo, el discurso puede hacerse monológico. El discurso monológico es aquel en el que se niega

² La cercanía en este punto entre la psicología de Vygotsky, la psicología social de Mead y la semiología de Bajtín parece evidente, y es igualmente el punto de partida de la psicología discursiva: la unidad básica de análisis del conocimiento en uso no es la cognición sino la acción comunicativa.

o reprime la voz ajena. El discurso monológico es un discurso autoritario, es un discurso sobre el que no se puede dudar, que no puede ser cambiado o alterado, es un discurso distanciado. “La palabra autoritaria –dice Bajtín- está situada en una zona distanciado, orgánicamente conectada con el pasado que es sentido como jerárquicamente superior. Es, por decirlo de algún modo, la palabra de los padres [de los adultos y los maestros etc.]. Su autoridad ya estaba *reconocida* en el pasado. Es un discurso *a priori*. No es por tanto una cuestión de elegir entre diversos posibles discursos iguales” (Bajtín, 1981, p.342). El discurso dialógico, sin embargo, es un discurso que Bajtín caracteriza como “internamente persuasivo”: “La creatividad y productividad [del discurso internamente persuasivo] consiste precisamente en el hecho de que tal palabra [la palabra ajena] despierta nuevas e independientes palabras /.../ No es tanto interpretada por nosotros sino que es algo más, es libremente desarrollada, aplicada a un material nuevo, a nuevas condiciones; entra en una relación interanimada con nuevos contextos. Aún más, entra en una intensa interacción, en una lucha con otros discursos internamente persuasivos. Nuestro desarrollo ideológico es justamente esta intensa lucha dentro de nosotros por la hegemonía entre varios puntos de vista, enfoques, direcciones y valores verbales e ideológicos disponibles.” (Bajtín 1981, pp. 345-346). Una de las aportaciones de una visión bajtiniana es ayudarnos a comprender que la firmeza en las posiciones morales no va necesariamente unida a la monología y el autoritarismo.

La perspectiva dialógica y discursiva permite captar la presencia -posibilitada o reprimida- de otras voces. Esta idea de la pluralidad de voces ha sido recogida, por ejemplo, desde un punto de vista feminista, por Gilligan (1982), quien ha puesto de manifiesto la existencia de una voz en el discurso moral que es diferente a la de justicia y que es la del cuidado y la responsabilidad.

Considerar la moral como práctica socio-discursiva nos permite, igualmente, comprender la pluralidad posible de posiciones discursivas. La pluralidad, desde este punto de vista, es una característica de la vida cotidiana que conviene respetar si queremos entender la dinámica de producción social de moralidades. Esta es, en primer lugar, una pluralidad estructurada en virtud de posiciones de dominio (el estudio sobre la distinción de Bourdieu (1988) es un magnífico análisis de este proceso de diferenciación estructurada), pero también es, con frecuencia, una pluralidad de posiciones del propio sujeto, que no mantiene necesariamente una coherencia discursiva. De este modo nos podemos encontrar –y nos encontramos, de hecho, cuando hacemos entrevistas y, sobre todo, grupos de discusión- que las mismas personas pueden hacer suyas posiciones que son, formalmente contradictorias, pero no lo son discursivamente; si el análisis lo sacamos de la estricta subjetividad y lo situamos en el terreno psicosocial de la interacción social, esas diversas posiciones toman sentido como narrativas o repertorios interpretativos diferenciados que constituyen un campo de recursos explicativos e ideológicos no necesariamente estructurados entre sí.

La atribución de responsabilidades

Un aspecto importante del discurso moral cotidiano tiene que ver con la atribución de responsabilidades y, por tanto, con la consideración de lo que es aceptable e inaceptable, digno e indigno. La atribución de responsabilidades es un proceso que podemos entender, bien como proceso mental cognitivo, bien como proceso dialógico y retórico. La atribución de responsabilidades se realiza por medio de explicaciones cotidianas en situaciones de conflicto, donde alguien es inquirido o cuestionado. Esta es una idea que

ya había avanzado C.W. Mills (1940) en su ensayo sobre las acciones situadas y los vocabularios de motivos³. Esta práctica cotidiana de explicación y argumentación es comprensible desde el punto de vista retórico, desde el cual, el saber común, la *doxa*, no es el saber de la ignorancia sino el fundamento de la argumentación moral y política (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1988, Billig, 1987, Crespo, 2001)

Un elemento clave en el estudio de los procesos de atribución causal es el de las nociones de sentido común, que se configuran como obviedades o lugares comunes y que, en la perspectiva de algunos psicólogos, ha sido caracterizada como ideología cotidiana. Para Ichheiser (1949) los esquemas perceptivos, que configuran un saber de trasfondo caracterizado por su no problematicidad, no son simples esquemas psicológicos –como lo entiende una parte importante de la psicología cognitiva- sino que son auténticas *ideologías cotidianas*⁴. Entre éstas, propone lo que él llama ideología del éxito, que caracterizaría a las sociedades modernas. Es ésta una ideología individualista y conservadora, que presupone que el éxito es la consecuencia obvia de quien realiza bien su tarea o trabajo. La ausencia de éxito, por tanto, introduce una sospecha sobre el individuo y no sobre sus circunstancias, derivándose de ello una moral implícita, propia del pensamiento conservador, según la cual cada uno tiene lo que se merece⁵. Desde este punto de vista la ideología es considerada como un conjunto de nociones de sentido común, que configuran un trasfondo no problemático de convicciones, a partir de las cuales se explican y justifican situaciones y comportamientos⁶. Esta faceta de justificación y legitimación tiene un desarrollo muy interesante en la psicología que inicia Ichheiser, centrándose en el estudio de la atribución de responsabilidades. La atribución de responsabilidades por la acción –o

³ Para Mills (1940), en una posición muy cercana a la que después desarrollarán Potter y Whetherell (1987) cuando hablan de repertorios interpretativos, cuando aducimos un motivo para explicar un comportamiento que es cuestionado –como consecuencia de una crisis en flujo de interacción habitual- lo que hacemos no es tanto inferir un estado psicológico –motivo- sino explicitar cuál es el marco normativo-moral pertinente y el vocabulario de los motivos apropiados.

⁴ La noción de ideología cotidiana es también propuesta por Bajtín, quien la identifica como psicología social: “Para diferenciarlo de los sistemas ideológicos ya formados –arte, moral derecho- llamaremos *ideología cotidiana* a todo el conjunto de experiencias vivenciales y de las expresiones relacionadas directamente con éstas. La ideología cotidiana es un mundo caótico del discurso interior y exterior desordenado y no asentado, mundo que confiere un sentido a todo nuestro acto ético o acción, y a todo nuestro acto “consciente”. Al tomar en cuenta la índole sociológica de la estructura de expresión y vivencia, podemos decir que la ideología cotidiana tal como la comprendemos, en términos generales corresponde a aquello que las fuentes marxistas designan como “psicología social”. En este contexto preferimos evitar la palabra “psicología”, puesto que nos importa exclusivamente el contenido del psiquismo y de la conciencia, el cual es completamente ideológico y no se determina por factores orgánicos e individuales (biológicos, fisiológicos), sino por factores sociológicos.” (Voloshinov, Bajtín, 1992 pp.127-128)

⁵ Complementaria de esta ideología del éxito es la que denomina *ideología de la felicidad* según la cual quien tiene éxito tendería a ser feliz, y a la inversa, quien no se manifiesta feliz –especialmente si es miembro de un grupo marginado- induce a la sospecha sobre su adecuación moral.

⁶ Es también el fundamento del razonamiento retórico que constituye la urdimbre de la acción ética y política (Crespo, 2001)

inacción, como en el caso del desempleo- constituye un aspecto central de las morales, en nuestro caso, de las morales del trabajo. En el estudio de la atribución de responsabilidades se pone en juego el conjunto de consideraciones dadas por descontado u obviedades sobre el sujeto, que es ya un sujeto moral y político. Es en este sentido en el que podemos hablar de las morales como ideologías cotidianas.⁷

En el caso que nos ocupa, del trabajo, de la producción ideológica del trabajo en nuestro tiempo, considero que hay una producción masiva de discurso que va en la dirección, por una parte, de *naturalizar la nueva situación de explotación laboral* y, por otra, de *psicologizar o personalizar la responsabilidad de la situación que se padece*. Ambos procesos son convergentes, en la dirección de despolitizar, de ocultar el carácter político de la situación y presentarla como *inevitable e inmodificable*, de modo que la única opción pensable y deseable –nos obliga y la amamos- sea adaptarse a unas condiciones que nos vienen dadas como incuestionables.

Los lugares comunes que funcionan de modo eficaz se presentan como afirmaciones incontrovertibles sobre la realidad del trabajo y, como trasfondo, de la economía actual. Cuando dejan de ser afirmaciones científicas, es decir, hipótesis permanentemente abiertas a la crítica y falsación, y, a través de la difusión mediática y la implementación política, se convierten en axiomas, toman un carácter moral, en tanto en cuanto no sólo definen lo que se supone que ocurre sino que indican lo que se debe hacer. Los axiomas moralizantes suelen tener un carácter esencialista y naturalizante. Estos lugares comunes se vinculan con frecuencia a dicotomías que, perdiendo su carácter analítico, se reifican como diferencias esencializadas. Entre estas dicotomías estaría, en primer lugar, la existente entre trabajo y no trabajo, donde se da por obvio que el trabajo se identifica con el empleo (la ausencia de trabajo se denomina des-empleo) de modo que se hacen invisibles, como actividades laborales, todo aquello que no está sometido a la relación salarial, todo aquello por lo que no se paga un salario. Zubero (1998), por ejemplo, ha puesto de manifiesto la diferente visión de la realidad que se produce si se incorpora la perspectiva del tiempo y no sólo del dinero (salario) en la definición de trabajo (p.177 ss.). Otra dicotomía que funciona como lugar común es la que se hace entre trabajo intelectual y no intelectual o manual, muy presente en la noción popularizada de sociedad del conocimiento, que tal como Wolkowitz (2006) ha señalado obvia algo tan básico como la existencia del cuerpo como fundamento de la explotación. Estos núcleos de significado, por lo demás, tienen una estructuración social coherente con los modos hegemónicos de dominación, que en nuestro momento pasan por la inestabilización generalizada de los referentes tradicionales de anclaje de la seguridad personal y colectiva.

Obviedades morales sobre el trabajo: el discurso de las políticas sociales

⁷ Bourdieu ha desarrollado el concepto de *doxa*, que es cercano al de obviedades sociales e ideología cotidiana, tal como aquí es entendido. Tal como señala, “El campo de discusión que diseñan, por sus luchas, la ortodoxia y la heterodoxia se recorta sobre el campo de la *doxa*, conjunto de presupuestos que los antagonistas admiten como yendo de suyo, más allá de toda discusión” De hecho, afirma a pie de página, cuestionando la etnometodología y reafirmando el concepto de lo-dado-por-descontado: “Se ve en lo que podría devenir la etnometodología (¿pero ella sería la etnometodología?) si ella supiera que lo que toma por objeto, el *taken for granted* de Schutz, es la adhesión prerreflexiva al orden establecido” (Bourdieu, 1999, p.100)

El discurso moral autoritario y monológico está vinculado, a mi entender, con un saber de trasfondo, por un saber dado por descontado, que se nos presenta con una autoridad externa. Considero que, hoy en día, una fuente importante de tal autoridad la constituyen los científicos sociales, cuyas explicaciones son transformadas políticamente en hechos y valores incontrovertibles, que se presentan como naturalizaciones. En este sentido, por ejemplo, Bourdieu y Wacquant (1998), consideran que una de las características del actual imperialismo cultural estriba en la producción de lugares comunes “*con los cuales se argumenta pero sobre los cuales no se argumenta, o, en otros términos, esos presupuestos de la discusión que permanecen indiscutidos*” (p.206). Entre estos lugares comunes, que funcionan como una gran vulgata planetaria, los más insidiosos son aquellos “*términos aislados con apariencia técnica, tales como la “flexibilidad” (o su versión británica, la “empleabilidad”)*”, que, por el hecho de que condensan y vehicular toda una filosofía del individuo y la organización social, son adecuadas para funcionar como verdaderas contraseñas políticas.” (*ibid.* pp.207-8)

Una parte importante de la producción de lugares comunes proviene del discurso de las ciencias sociales, económico, sociológico y psicológico. Este discurso, mientras funciona como discurso científico, es un discurso dialógico y abierto a la crítica. Sin embargo, cuando es divulgado –a veces por los propios científicos sociales- tiende a ser tratado en términos esencialistas y naturalizados.⁸

Una de las características del discurso que diversas instituciones públicas mantienen sobre políticas sociales es que se presenta con el respaldo incuestionable de la autoridad científica, cuya comunidad funciona –en ocasiones- como un auténtico *lobby* intelectual. Las concepciones hegemónicas acerca del trabajo son, cada vez más, fruto de un trabajo sistemático y bien financiado de personas y grupos vinculados a importantes instituciones académicas y científicas. Tal como decía Bourdieu (2001), estos *think tanks*, han desarrollado una *doxa paradójica*, que siendo conservadora se hace pasar por progresista, que presenta las regresiones y los retrocesos como reformas o revoluciones.

Un ejemplo de este proceso de naturalización y esencialización autoritaria lo encontramos con el concepto de sociedad del conocimiento y la información. Así, por ejemplo, Manuel Castells (2001), quien ha aportado uno de los mejores análisis a partir de este concepto, es consciente del carácter limitado de la extensión de la economía del conocimiento y de los límites y peligros de tal dinámica y dice, por ejemplo, que “Si, con un esfuerzo de generosidad, admitimos que el 20 por ciento de la economías emergentes se van a beneficiar directamente del crecimiento económico en esas redes dinámicas, aun así quedan más de dos tercios de la humanidad que viven bajo la influencia del capitalismo global pero están excluidos, en gran parte, de la mayoría de sus beneficios. Si añadimos la enorme cantidad de gente que está excluida de la sociedad en los países avanzados, la masa crítica de personas desechables –por la lógica

⁸ El autoritarismo monológico es propio también del discurso científico positivista. Como dice Bajtín (1997), en uno de sus borradores, “La ciencia positiva construye la imagen del mundo *in absentia* (una imagen que da muerte) y desea cerrar en ella el devenir de la vida y del sentido. En la imagen del mundo hecha *in absentia* no está la voz del mismo mundo, tampoco existe su cara parlante, sino tan sólo su espalda, su nuca.” (p.144)

binaria de que se está dentro o fuera de las redes- aumenta de forma significativa.” (p.100-101). Preguntándose, más adelante, si esta tendencia es sostenible, afirma que “no sólo es éticamente discutible sino, más importante para nuestro objetivo, política y socialmente insostenible” (p.101).

Sin embargo, instituciones como la Unión Europea han transformado estas propuestas analíticas en axiomas dados por descontado, transformando un concepto dialógico en un hecho incuestionable. Así, en la Cumbre europea de Lisboa del año 2000, se adoptó una decisión que después se repite como un mantra en todos los documentos posteriores que afectan a las políticas de empleo. En aquella cumbre se acordó que:

“The European Union is confronted with a quantum shift resulting from globalisation and the challenges of a new knowledge-driven economy. These changes are affecting every aspect of people’s lives and require a radical transformation of the European economy. The Union must shape these changes in a manner consistent with its values and concepts of society ...” Lisbon European Council. Presidency Conclusions, 24.03.2000. Nr. 100/1/00. p.1

Tal como planteábamos en otro momento (Crespo y Serrano, 2002), con este tipo de discurso las propuestas flexibilizadoras de las políticas sociales, que suponen con frecuencia una redefinición, a la baja, de los derechos sociales, son presentadas como la respuesta “natural” e inevitable a una situación que se presenta como dato incuestionable y al cual sólo es posible enfrentarse como un reto. Esta naturalización del proceso hace que éste aparezca inscrito en el orden de la naturaleza, fuera de la voluntad de las personas. La expresión "sociedad del conocimiento" designa así no tanto una decisión política cuanto la gestión técnica del cambio. En una reciente publicación Richard Sennett (2006) mantiene una posición similar y manifiesta que “El desmantelamiento de amplias instituciones, que describo, no es un mandato divino; ni siquiera es la norma en el trabajo en América; la nueva economía es aún sólo una pequeña parte de la economía total. Ejerce una profunda fuerza moral y normativa como un estándar puntero sobre cómo la economía más amplia debe evolucionar. Mi esperanza es que los americanos tratarán a tiempo esta economía como los ajenos tienden a verla: una propuesta de cambio que, como cualquier otra proposición, debería ser susceptible de crítica rigurosa.” (p.10). El discurso tecnocrático lo que hace es transformar un problema político en una mera cuestión de gestión técnica. Las políticas orientadas a la activación no es que sean afortunadas o no, es que son políticas que están, entre otras cosas, redefiniendo el mismo concepto de ciudadanía social.

La experiencia del trabajo: el discurso moral en la vida cotidiana

Una faceta importante de nuestro trabajo de investigación se ha dirigido a intentar entender algo de los procesos discursivos por los cuales las personas dan sentido a su trabajo –o a su ausencia- en la vida cotidiana. Este es un punto de vista interesado por los sujetos y la subjetividad. En cuanto morales del trabajo nos interesa ver los procesos discursivos con los que se da sentido a la experiencia del trabajo y a ello haré referencia a continuación, sustentándome en algunos resultados de las diferentes investigaciones llevadas a cabo.

Cuando se indaga sobre el discurso moral en la vida cotidiana lo primero que se pone de manifiesto es su pluralidad. Esta pluralidad no es solo distributiva -distintas personas

tienen distintos discursos- sino que caracteriza internamente también el discurso de cada persona: la ambigüedad, la dilematicidad y, en cierto modo, la contradicción no son algo extraño al discurso cotidiano, sino su norma habitual. El discurso moral cotidiano, por lo demás, es un discurso activo y no necesariamente pasivo y enajenado. Se nutre de tópicos hegemónicos pero es –en grados diferentes en la práctica- reflexivo y eventualmente crítico.

Los datos sobre la experiencia del trabajo reflejan ese carácter de obviedad que caracteriza a la implicación moral en actividades no problematizadas. Si se pregunta en un cuestionario sobre la satisfacción en el trabajo, los resultados suelen ser sistemáticamente positivos. Sin embargo, si se inquiriere más detenidamente, por medio de entrevistas y grupos de discusión los resultados se complejizan y matizan, ya que el trabajo puede significar muchas cosas diferentes (contacto social, estructuración del tiempo, sentido de utilidad y, por supuesto, sentimiento de dignidad, en un medio donde el no trabajar es indigno)

El interés por el punto de vista subjetivo, por el significado personal del trabajo y por las normas o morales implicadas en esa vivencia ha caracterizado el trabajo de investigación en el que me he implicado en los últimos años. En una de nuestras primeras investigaciones (Crespo *et al.* 1998), introdujimos dentro de un cuestionario general sobre significado del trabajo –diseñado en la línea del MOW⁹- un par de cuestiones abiertas, que fueron analizadas por medio de un análisis lexicográfico¹⁰, que fue posteriormente ampliado con una investigación cualitativa¹¹. Allí apareció claramente una estructura diferencial, directamente relacionada con diferencias sociales y de clase. Lo que el análisis léxico puso de manifiesto es que, si bien todo el mundo hablaba de lo mismo –del dinero, por ejemplo, que era la palabra más frecuente cuando se preguntaba por lo más importante respecto al trabajo-, sin embargo no todo el mundo hablaba de la misma manera.

Así, por ejemplo, al analizar, no ya el léxico más frecuente sino las palabras características de los distintos grupos de sujetos, agrupados por las categorías de distintas variables (nivel de estudios, categoría socioprofesional, edad...), se puso de manifiesto la existencia de una estructuración estadística a través del análisis factorial de correspondencias. En este análisis aparecía un primer factor, con una alta capacidad para explicar la varianza léxica, caracterizado como un eje que va desde la realización individual, en un extremo, a la instrumentalidad y satisfacción de necesidades vitales en el otro. Este factor aparecía directamente vinculado con algunos indicadores de clase social, como es el nivel de estudios.

En esta misma investigación se comenzó un trabajo de producción de datos a partir de grupos de discusión, que después hemos continuado, con objeto de intentar captar lo que podríamos llamar teorías cotidianas o de sentido común sobre el trabajo, o de modo

⁹ El MOW (*Meaning of Working*) es un estudio internacional que comenzó en 1978 y que ha dado lugar a diversas investigaciones comparativas (<http://users.ugent.be/~rclaes/MOW/>)

¹⁰ En el análisis se utilizó el programa SPAD.T

¹¹ El análisis lexicográfico se basa en los datos de una encuesta representativa de la población activa española (N: 1172) proporcional a la población activa por comunidades autónomas, hábitat y situación laboral. El nivel de confianza establecido fue del 95% para un error muestral de +/- 2.9%.

más preciso, moralidades del trabajo. Se trata de explicaciones que las personas construyen cuando intentan dar sentido a las contradicciones que supone el hecho de tener que trabajar.

Como consecuencia de esta primera investigación se planteaba “la *coexistencia* de diversos sistemas de legitimación moral del trabajo. /.../ Existe un cierto fundamento para afirmar una *distribución social de las teorías morales sobre el trabajo*: los sectores económicamente más desfavorecidos son los que mantienen discursos más heterónomos y coercitivos; en determinados momentos las explicaciones se vinculan a la situación social que padecen y a la injusticia de tal situación. Los sectores, por el contrario, económica y socialmente mejor situados (ejecutivos y pequeños empresarios) se mueven en un nivel discursivo mucho más cercano a la ética de la realización personal.” (Crespo *et al* 1998, p.67)

Con posterioridad hemos considerado que puede ser un error caracterizar en términos de déficit (heteronomía y coerción) el discurso moral que se contraponen dialógicamente al discurso hegemónico de la realización personal. El discurso moral de la realización personal es un discurso que, en términos bajtinianos, podemos considerar como un discurso autorizado; tiene la legitimidad que le aportan las principales instituciones productoras de discurso sobre el trabajo y es el que mejor se adapta a las demandas del mercado. En este sentido, es un discurso hegemónico, pero sin embargo, no es el único referente moral; se constata la amplia presencia de otro discurso, en el que la norma de trabajo se vincula y subordina al derecho a vivir dignamente y al mantenimiento de responsabilidades personales y familiares. Este segundo tipo de discurso tiene una amplia presencia y no es necesariamente un discurso de la pasividad y la heteronomía, pero sí caracteriza lo que podemos denominar una moral asediada, y no hegemónica, en tanto en cuanto su autoridad se difumina, con bastante frecuencia, en un sentido de la realidad, que se presenta con la rotundidad de lo obvio y lo dado por descontado, y que convierte en utópica o irreal la posibilidad de su realización. Este segundo tipo de discurso moral constituye, siguiendo con la terminología bajtiniana, una segunda “voz” que puede actuar dialógicamente como contrapunto a la voz autorizada y hegemónica del trabajo como modo de vida y de realización personal.

Algunos tópicos del discurso moral de la realización personal.

La moral dominante sobre el trabajo va en la dirección de un desplazamiento hacia el sujeto de la responsabilidad por su situación laboral, así como de las acciones necesarias para transformarla y mejorarla; el horizonte ideológico sigue siendo el de la ideología del éxito, que analizara Ichheiser (1949), según la cual quien se esfuerza y tiene valía consigue el éxito, pero ahora con una redoblada presión psicológica, pues la propia noción de valía es moralizada, considerándose la motivación y las actitudes, junto con la formación, como objeto directo de autodisciplinamiento.

El discurso de la realización personal podemos organizarlo en torno a tres núcleos temáticos, que tienen una estructura de presupuestos u obviedades ideológicas: la concepción de la vida laboral como carrera, la noción del trabajo como medio de realización personal y la consideración de los problemas como reto personal.

La idea de la vida como carrera es un viejo concepto vinculado al ideal de progreso, a la posibilidad de considerar la propia vida como una trayectoria controlada, al menos

parcialmente, por nuestras propias acciones y designios. La idea de carrera supone implícitamente la noción de agencia y la posibilidad de controlar el propio destino, y está muy vinculada a la noción básica de la autonomía, que es un concepto moral clásico. Ese progreso, en las empresas que mantienen –o mantenían- un compromiso con sus trabajadores, así como en la mayoría de los servicios públicos, iba normalmente aparejado con una evolución y mejora dentro de la misma empresa, lo cual llevaba aparejada una cierta confianza en que si se seguía el curso apropiado de acciones se podían lograr las metas, previstas y previsibles, de mejora en la situación de trabajo.

El concepto de carrera, sin embargo, se ha modificado considerablemente en los últimos años, junto con los cambios acontecidos en la organización del trabajo y en el nuevo capitalismo. En este nuevo contexto se ha ido extendiendo un modo de relación contractual, caracterizado como flexible, y que para muchos es simplemente precario y que tiene, como fundamento, la falta de estabilidad y compromiso contractual por parte de la empresa. La carrera, igualmente, se ha modificado en su sentido y en su ámbito de aplicación. En el nuevo contexto –de sociedad el riesgo (Beck) o de sociedad líquida (Bauman)- la carrera se realiza en un ámbito de cambio permanente, donde los referentes de progreso y avance se hacen exclusivamente personales. Ahora es el individuo el que se mueve entre empresas, llevando consigo su *portfolio*, es decir, su currículum. La estabilidad y el compromiso con una empresa se llega a considerar, incluso, como un demérito. Si la metáfora para quien progresaba en las empresas tradicionales era el de escalador o, de modo despectivo, el trepa, ahora se utiliza la metáfora del surfista, para designar a quien sabe progresar y deslizarse en una sociedad que Bauman, con acierto, ha caracterizado como líquida.

La segunda característica es la realización personal como objetivo vital, vinculado instrumentalmente al trabajo. El trabajo es la mejor –si no la única- forma de realizarse personalmente. La noción de realización proviene, en este caso, de la psicología (Maslow, 1954; Kohlberg, 1981)¹². Tal como señalaba un participante en un grupo de discusión de pequeños empresarios:

"Cada persona es un ser humano y necesita motivarse y realizarse a tope. Lo que es triste es que esta obra de la naturaleza se quede allí parado...porque no se le ha motivado".

La compatibilidad entre trabajo y realización personal adquiere, en su versión más radical, el carácter de identidad: trabajar es lo mismo que realizarse personalmente. Este es un tipo de discurso que Paul Heelas (1991) identificó en la ideología *new age* y que, como es sabido, está muy vinculada al nacimiento del pensamiento neo-conservador. Como decía una de las personas entrevistadas en Crespo *et al.* (1998): "El trabajo es todo para mí...es una forma de vivir en sociedad. De otra forma no se puede vivires una fuente inagotable y maravillosa de realizarme".

Lo característico del discurso de la realización es que ésta se entiende bajo el paradigma de una especie de *pop psychology*, que es cada vez más frecuente como psicología de autoayuda y que tiene un directo correlato en la literatura de aeropuerto dirigida a

¹² Yankelovich (1981) había, hace años identificado un tipo de discurso moral semejante, al que calificó como de "obligación consigo mismo"

ejecutivos en tránsito. La realización personal tiene una directa vinculación con el sentido de libertad, entendida ésta como libertad de lo que se consideran ataduras y compromisos. Así, en un grupo de discusión, con jóvenes, cuando se hablaba sobre la inestable situación contractual que les afectaba, se produjo una interesante diferenciación: para aquellos que tenían una situación social acomodada, especialmente porque tenían una alta cualificación y un sentido de control de su vida, la inestabilidad de los contratos era algo deseado, ya que les permitía mantener su libertad y no vincularse ni comprometerse con una empresa, en un momento en que no deseaban atarse a nada; para quienes, sin embargo, la situación era menos halagüeña y se veían sin control posible de la situación, la inestabilidad era lisa y llanamente precariedad laboral (Crespo y Serrano 2001)

La tercera característica, finalmente, es el entendimiento de los problemas como retos, como ocasiones que ponen a prueba la capacitación de uno y suponen, en principio, una posibilidad de aumentar la propia valía. Esta idea va pareja con la noción de psicología positiva, y de sus expresiones morales hacia la actitud positiva. La actitud positiva es valorada, incluso, más que el compromiso con la empresa.

Tanto la noción de carrera como la realización personal y el reto son tópicos o lugares comunes. En conjunto constituyen una moral coherente con las nuevas demandas económicas de flexibilidad y activación. Su presencia en el discurso cotidiano es, sin embargo, dialógica y desigual; dialógica porque, excepto en personas de pensamiento autoritario y monológico, son consideradas otras opciones; desigual porque no todo el mundo hace suyos, o no de la misma forma, estos presupuestos morales: existe una pluralidad de discursos morales. Como discurso moral alternativo al de la realización personal se encuentra otro tipo de discurso, en el que el trabajo se considera no como un modo de vida sino como un medio para vivir.

Otras voces: el trabajo como medio para vivir con dignidad

Los tópicos mencionados se refieren a dos asuntos clave: el control de la propia vida laboral y las razones para trabajar. Tanto la noción de la vida como carrera como la de los problemas como reto tienen que ver con la posibilidad de controlar la propia vida laboral; la noción de realización personal tiene que ver con las razones para trabajar.

La razón principal para trabajar es tener un medio digno de ganarse la vida, haciendo algo que se considera útil. Esta razón, sin embargo, viene confrontada con una realidad que hace considerar irreal y utópica su realización. La siguiente intervención de un trabajador masculino de mediana edad, expresa bien este tipo de discurso:

“Si el trabajo es algo que dignifica, que te desarrolla, que te relacionas y terminas de trabajar y te vas a casa con la conciencia tranquila del deber cumplido, y sabes que mañana vas a tener tu puesto de trabajo y que no va a pasar nada, está...pues esto es precioso, es idílico, es bonito..Pero es que por desgracia en un número de empresas y puestos de trabajo no es así /.../ Entonces desde el punto del trabajo con...me parece que lo decías tú: trabajar para vivir, no vivir para trabajar; y por desgracia hoy día en la sociedad actual hay muchas personas que –y me meto- vivimos para el trabajo nada más, porque cuando te

pasas 14 horas en el trabajo /.../ Evidentemente yo no tengo calidad de vida ninguna”

El grado de control posible sobre el trabajo y la propia vida se convierte en una cuestión central. El control puede referirse a dos aspectos, diferentes pero íntimamente vinculados: al control de uno mismo, el autocontrol, y al control del medio. Cuando el medio laboral es relativamente controlable, es decir, previsible y regulado por acuerdos y convenios, es posible concebir la propia trayectoria personal como “escalamiento”, por usar el término que utilizan algunos de nuestros entrevistados. Pero cuando estas garantías desaparecen la única seguridad que se ofrece es la seguridad en uno mismo. El control, en este caso, es el del surfista que se mantiene a flote. Cuando no es posible ni controlar el medio ni la competitividad del propio currículum, desaparece el sentimiento de control y se va instalando el sentimiento de incertidumbre. En este caso, ya no se hace una carrera sino que se sale a “buscar trabajo”, la formación no es una inversión para el futuro sino una obligación impuesta, cuya lógica se desconoce. El tratamiento dialógico de esta cuestión lleva, en ocasiones, a aceptar una situación como inevitable pero no como deseable. La mayoría de las personas entrevistadas, especialmente cuando dialogan en grupo, elaboran un discurso plural y, a veces, también paradójico, donde se puede mantener una visión crítica de la situación que se padece y, a la vez, defender su necesidad. En términos de los conceptos utilizados por Windisch (1990) para analizar los mecanismos de explicación causal y de responsabilización, una parte importante de los discursos morales son caracterizables como propios del paradigma de la indeterminación (se puede calificar la situación como injusta e inaceptable, pero los sujetos responsables de la situación se difuminan en una agencia impersonal que hace que la situación se explique en términos de inevitabilidad e impotencia¹³) o el paradigma de la desviación (la situación se explica en términos moralistas, pero tampoco se posibilita una comprensión de los distintos factores y actores implicados¹⁴)

Propio de la idea de control es el sentido de agencia. Cualquiera que sea la dinámica de progreso, la noción de agencia supone una confianza básica en las capacidades de uno mismo. En una sociedad definida como del conocimiento y la información el nuevo valor es la formación, junto con las actitudes de disponibilidad y entrega. En una entrevista realizada, en nuestro trabajo de campo, a una chica joven, bien preparada, que trabaja en una consultora del sector financiero, explicando el hecho –sorprendente para un observador externo- de que trabaje con una disponibilidad absoluta –a veces, hasta veinte horas al día- lo que suponía que abandonase prácticamente su vida personal, señalaba que esta era una situación perfectamente controlada por ella, y que tenía muy claro, como opción personal, que le merecía la pena –es más, le agradaba- dedicar unos años de su juventud a trabajar en una empresa que, más que salario, le ofrecía formación.

En un medio que se nos presenta –o es definido- como cada vez más incontrolable, impredecible y abierto al riesgo, el control y la seguridad se desplaza desde las garantías públicas de estabilidad de los compromisos sociales (derechos sociales, convenios colectivos...) y se convierte en control de uno mismo, en confianza en la

¹³ Un ejemplo de este tipo de discurso indeterminado: “lo más importante es que la sociedad, ni partidos ni sindicatos, la sociedad en sí creo que es la que nos está empujando...”

¹⁴ Un ejemplo del discurso de la desviación: “hay una cosa que está ocurriendo en la sociedad actual...un denominador común que es la hipocresía...se legisla pero no se cumplen las normas...estamos vilipendiados en el mundo del trabajo”

propia capacidad para situarse y moverse adecuadamente en medios cambiantes, en “saber venderse” como dicen muchos de nuestros entrevistados, especialmente los jóvenes que buscan situarse ...y controlar su destino.

La ausencia de control sobre el propio destino, cuando está personalizado ese control, se convierte en una de las peores lacras en el discurso hegemónico: la dependencia. La dependencia ha sido siempre un problema, evidentemente, y se traduce en expresiones como “no querer ser una carga” para nadie; está directamente vinculada al sentido de la dignidad y de la utilidad. Sin embargo, en el nuevo discurso hegemónico adquiere un matiz moral diferente, pues ya no es la dependencia material la que se objeta sino la dependencia psicológica, la necesidad de recurrir a otros para realizar los propios planes y controlar el propio trabajo y destino. Esta idea de la dependencia como estigma moral es central en las políticas sociales orientadas a limitar temporalmente el acceso a las prestaciones sociales por el desempleo. Fue el *leit-motiv* del *Personal Responsibility and Work Opportunity Reconciliation Act* (PRWORA) de 1996 en Estados Unidos y lo es, más matizado y sutil, en las políticas europeas sobre activación. En este caso la dependencia es de los servicios sociales, que antes eran un derecho y ahora un instrumento para el cambio motivacional.

Igual que el control de la vida y el trabajo puede tener distintos registros en ambos discurso morales, lo mismo ocurre con la realización personal. Por muy atravesada que esté nuestra cultura por un discurso psicologista, la realización tiene una fuerte vinculación con el derecho a vivir, la dignidad y el sentido de utilidad. Aunque es escaso el discurso en que aparece el sentido de utilidad colectiva, sin embargo, el discurso dominante hace referencia a la utilidad directa: la principal razón de trabajar es satisfacer las necesidades y atender las obligaciones personales y familiares.

Los distintos discursos morales sobre el trabajo están, sin embargo, afectados de una radical heteronomía, ya que dependen de las condiciones estructurales que posibilitan su realización. Ponen de manifiesto su fragilidad y vulnerabilidad como proyectos o guías de acción personales cuando se presentan episodios que hacen presente la debilidad del proyecto de autonomización a través del trabajo en la sociedad capitalista. Situaciones como la elección por la maternidad y la familia o el hecho de tener una edad madura que no permite pensar que toda la vida se tiene por delante, se convierten en situaciones de crisis, en el sentido fenomenológico, o analizadores, que ponen de manifiesto la desigualdad social y la desigual capacidad de poder para controlar la propia vida.

Conclusiones

Un sistema socio-económico como el capitalismo, que exige un alto grado de sacrificio a un número cada vez más elevado de personas sólo resulta posible mediante un masivo trabajo ideológico y ético (Weber) y un proceso de disciplinamiento de los sujetos (Foucault), que podemos caracterizar como proceso de producción de sujetos dóciles, paralelo y complementario al de producción de mercancías.

En la situación actual de neocapitalismo (Sennett 2006), caracterizado por el libre movimiento de capitales y la economía del conocimiento, las demandas morales sobre el sujeto trabajador y consumidor no han hecho sino incrementarse. Una de las características de la nueva situación es la exigencia de una cada vez mayor disponibilidad para el trabajo con escasa garantía de estabilidad (flexibilidad) y una

mercantilización potencial de todos los ámbitos de la vida, incluidos los recursos afectivos y sociales.

La psicologización política del trabajo supone una transformación de los problemas sociales en problemas personales. Parte de este proceso de transformación se está realizando como redefinición de los derechos ciudadanos, en especial de los derechos sociales, que habían sido un logro de la lucha de los trabajadores y un elemento de estabilización del capitalismo posterior a la segunda guerra mundial. El principal eslogan socio-moral del nuevo espíritu político es que no hay derechos sin obligaciones. Esta afirmación, que puede tener un sentido aceptable en el marco de una democracia participativa, se convierte en un hecho dado por descontado, ni discutido ni discutible, que se convierte en saber de trasfondo para las nuevas políticas sociales. En los EEUU, y durante la administración Clinton, esto se tradujo en el *Personal Responsibility and Work Opportunity Act* de 1996, que vinculaba explícitamente las prestaciones sociales al cambio de conducta de los ciudadanos demandantes de los servicios. En la Unión Europea se ha ido estableciendo un marco de referencia común, orientado hacia la llamada sociedad del conocimiento, en la que las prestaciones por desempleo se han vinculado, en gran medida, a un proceso de cambio de actitud y de motivación. El problema del desempleo no se plantea, en consecuencia, como un problema estructural sino más bien como una carencia y problema de los sujetos, que carecen de formación, de motivación y cuyo principal enemigo está dentro de ellos: la caída (moral) en la dependencia.

En nuestro trabajo de indagación no sólo nos ha interesado el discurso de las instituciones, políticas o empresariales, sino también el discurso de los propios trabajadores. En este sentido se nos hace necesario mantener una posición analítica de corte discursivo y dialógico, que nos permita captar y respetar la pluralidad de discursos, así como su ambivalencia.

De acuerdo con las demandas dominantes de disponibilidad absoluta para el trabajo se ha establecido una cierta ideología cotidiana o de sentido común por la que se identifica la felicidad con el objetivo psicológico de la realización personal y ésta se vive directamente vinculada a la práctica laboral. En consonancia con estas nuevas demandas observamos la existencia de un tipo de discurso moral sobre el trabajo, al que hemos denominado como de la realización personal, y que se caracteriza por tres cuestiones: la consideración de la vida como carrera, de los problemas como retos personales y del trabajo como modo de realización personal. Este es un discurso hegemónico, no tanto por su extensión (es un discurso elitista), sino por su autoridad, por ser el discurso –o voz, en términos bajtinianos- autorizada por las principales fuentes de legitimación moral hoy en día que son, en este caso, los psicólogos y especialistas en *management*.

Sin embargo, existen otros discursos morales, otras voces, que no siendo hegemónicos sí tienen una alta presencia en nuestra sociedad. En este sentido, se puede identificar un tipo de discurso en el que la vida personal no se mimetiza con la vida laboral, en la que los problemas se ven como obstáculos, cuya solución no depende en muchos casos del sujeto y en el que la principal razón para trabajar es mantener una vida digna y poder atender a las personas de las que uno se siente responsable. Es un tipo de discurso que supone una cierta alteridad al discurso psicologista de la realización personal. Su autoridad se sustenta en el deseo personal y el sentido común, aunque asediada o minada por un sentimiento de impotencia ante una situación de incertidumbre y

ausencia de control sobre el propio destino, que parece imponerse de modo inexorable. Aun así, en aquellas situaciones donde es posible la negociación por parte de actores colectivos, que representen y defiendan los derechos de los trabajadores, se hace evidente la existencia de una garantía frente a la incertidumbre de tener que asumir el destino como problema exclusivamente personal.

La confrontación y divergencia de ambos discursos se hace presente de modo muy nítido en ciertas situaciones de crisis –en el sentido que le daba Schutz o Ichheiser- en que las personas se ven abocadas a tomar conciencia de los supuestos por los que se rigen sus vidas laborales. Nosotros hemos explorado tentativamente dos de estas situaciones: la decisión de tener hijos y la conciencia de no ser ya joven. El primero es el problema de la compatibilidad entre vida laboral y familiar. Lo que nos aparece, con los datos que tenemos –que son limitados, es que este se presenta como un dilema femenino y personal; femenino en tanto en cuanto se produce una reducción metonímica de la familia a la maternidad, con lo cual la vida familiar se convierte en problema – casi- exclusivo de la mujer y personal, en tanto en cuanto, para muchos, es impensable que la compatibilidad de distintos ámbitos de la vida sea un derecho y no un dilema personal. En cuanto a la situación de quienes se encuentran en un momento avanzado de su vida laboral y se les hace patente la inestabilidad creada por las nuevas condiciones de gestión del trabajo, se les hace evidente que en la nueva economía la edad es un factor de vulnerabilidad y que, a pesar de las apologías de la sociedad del conocimiento, existe un auténtico despilfarro de saberes y conocimientos útiles y necesarios.

Referencias bibliográficas:

Bajtín (Bakhtin), M. (1981) *The dialogical imagination*. Austin: University of Texas Press.

Bajtín (Bakhtin), M. (1986) *Speech genres and other late essays*. Austin: University of Texas Press.

Bajtín, M. (1997) “De los borradores”. En M.M. Bajtín *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos*. Barcelona: Anthropos.

Billig, M. (1987) *Arguing and thinking: A rhetorical approach to Social Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press

Bolstanski, L. y Chiapello, E. (1999) *Le nouvel esprit du capitalismo*. Paris : Gallimard.

Bourdieu, P. (1988) *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

Bourdieu, P. (1999) *Intelectuales, política y poder* B.Aires: EUDEBA.

Bourdieu (2001) “Por un saber comprometido”. En Bourdieu *Contrafuegos 2* Madrid: Anagrama

Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1998) “Sur les ruses de la raison impérialiste » *Actes de la recherche en sciences sociales* n. 121-122, pp.109-118. Versión española en Bourdieu (1999) *Intelectuales, política y poder*. B.Aires : Eudeba

- Castells, M. (2001) "Tecnología de la información y capitalismo global" En Giddens, A. y Hutton, W. (eds.) *En el límite. La vida en el capitalismo global*. Barcelona: Tusquets.
- Chiapello, E. y Fairclough, N. (2002) "Understanding the new management ideology: a transdisciplinary contribution Fromm critical discourse análisis and new sociology of capitalism" *Discourse and Society* 13(2), 185-208.
- Crespo, E. (2001) "La mente como retórica. Consideraciones sobre la constitución social del pensamiento común". En E. Crespo y C. Soldevilla (eds.) *La consitución social de la subjetividad*. Madrid: Libros de la Catarata.
- Crespo, E., Bergere, J. Torregrosa, J.R. y Alvaro, J.L. (1998) "Los significados del trabajo: un análisis lexicográfico y discursivo" *Sociología del Trabajo*, 33,51-70.
- Crespo, E. y Serrano, A. (2001) "The individualisation of labour, job insecurity and vulnerability: young people's experience of work in Spain" *Transfer*, 2, 289-320.
- Crespo, E. y Serrano, A. (2002) "El discurso de la Unión Europea sobre la sociedad del conocimiento" *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 97(2), 189-207.
- Dean, H. (2006) "Activation policies and the changing ethical foundations of welfare" Ponencia presentada en la conferencia *Activation policies in the EU*, organizada por ASPEN/ETUI. Bruselas
- Garrety, K., Badham, R., Morrigan, V. Rifkin, W. y Zanko,M. (2003) "The use of personality typing in organizational change: Discourse ,emotions and the reflexive subject" *Human Relations* 56 (2) 211-235.
- GiddensA. y Hutton, W. (eds.) (2001) *En el límite. La vida en el capitalismo global*. Barcelona: Tusquets.
- Gilligan, C. (1982) *In a different voice. Psychological theory and women's development*. Cambridge: Harvard University Press. Versión española: *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino* F.C.E. (1985)
- Harré, R. (1999) "The rediscovery of the human mind: The discursive approach" *Asian Journal of Social Psychology*, 2, 43-62.
- Heelas, P. (1991) The sacralization of the self and new age capitalism. En N.Abercrombie y A.Warde (eds.) *Social change in contemporary Britain*. Cambridge: Polity Press.
- Hochschild, A. R. (1983) *The managed heart: commercialization of human feelings*. Berkeley: University of California Press (20ª edic. 2003, con nuevo prefacio)
- Ibañez, T. e Íñiguez, L. (1997) (eds.) *Critical Social Psychology*. London: Sage.
- Maslow, A.H (1954) *Motivation and personality*. Harper and Brothers. Edic.española: Barcelona: Sagitario 1975 (2ª edic. revisada)

Ichheiser, G. (1949) *Misunderstandings in human relations. A study in false social perception*. Chicago: The University of Chicago Press (publicado como separata en *The American Journal of Sociology* vol. 55)

Kohlberg, L (1981) *The philosophy of moral development. Vol.1, Moral stages and the idea of justice* San Francisco: Harper & Row

Mills, C.W. (1940) "Situated actions and the vocabularies of motive." *American Sociological Review*. 5, 904-13.

Newton, T. (1998) "Theorizing subjectivity in organizations: The failure of Foucauldian studies?" *Organization Studies*, 19(3), 415-447.

Newton, T. (1999) "Power, subjectivity and british industrial and organisational sociology: the relevance of the work of Norbert Elias" *Sociology* 33 (2) 411-440

Perelman, C. y Olbrechts-Tyteca, L. (1988) *Traité de l'argumentation*. Bruxelles: Editions de l'Université de Bruxelles.

Potter, J. y Wetherell, M. (1987) *Discourse and social psychology: beyond attitudes and behaviour*. London: Sage.

Raz, A. E. (2002) *Emotions at work* Harvard University Asia Center.

Revilla, J.C. (2001) "La construcción discursiva de la juventud: lo general y lo particular". *Papers*, 63/64, 103-122

Rose, N. (1990) *Governing the soul: The shaping of private self*. London:Routledge.

Rose, N. (1996) *Inventing Our Selves: Psychology, Power and Personhood*. Cambridge: Cambridge University Press.

Schutz, A. (1975) *Estudios sobre la teoría social Escritos II*. B.Aires: Amorrortu

Shotter, J. (1993) *Conversational realities. Constructing life through language*. London: Sage. Edic. española: *Realidades conversacionales*. B.Aires: Amorrortu (2001)

Tappan, M. B. (1997) "Language, culture and moral development: a Vygotskian perspective" *Developmental Review*, 17, 78-100.

Tappan, M. B. (1999) "Authoring a moral self: A dialogical perspective" *Journal of Constructivist Psychology* 12; 117-131.

Tappan, M. B. (2005) "Mediated moralities: sociocultural approaches to moral development". En M. Killen and J. Smetana, (eds.) *Handbook of moral development*. Hillsdale: N.J.Lawrence.

Townley, B. (1994) *Reframing human resource management: Power, ethics and the subject at work*. London: Sage.

Virno, P. (2003) *Virtuosismo y revolución. La acción política en la era del desencanto*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Voloshinov, M (Bajtin) (1992) *Marxismo y filosofía del lenguaje*. Madrid: Alianza Editorial

Windisch, U. (1990) *Speech and reasoning in everyday life*. Cambridge : Cambridge University Press.

Wolkowitz, C. (2006) *Bodies at work* . London: Sage.

Yankelovich, D. (1981) *New rules. Searching for self-fulfillment in a world turned upside down*. NewYork: Random House

Zubero, I, (1998) *El trabajo en la sociedad*. Bilbao: Universidad de País Vasco.